

SE SUSCRIBE
En Cartagena despacho de
D. Liberato Montells.
Provincias, corresponsales
de A. Saavedra.

EL ECO DE CARTAGENA.

PRECIOS.
Cartagena un mes 2 pt-
trimestre 6 id. Provin-
cias 750, Anuncios y co-
municados con

AÑO XVIII.—NÚM. 5504.

10 DE OCTUBRE DE 1879.

REDACCION, MAYOR 24.



Don Jacinto Martínez y Martí.

FALLEGIÓ EN MADRID

el día 5 á las 9 y media de la mañana.

El próximo lunes 13 del corriente estará expuesta su Divina Magestad en la Capilla de la Santísima Trinidad de la Iglesia Parroquial, aplicándose por el eterno descanso del alma del finado todas las misas que allí se celebren.

Sus Hermanos, Hermanos políticos, Sobrinos, Primos y demás parientes, suplican á sus amigos se sirvan encomendarlo á Dios.

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 10 de Octubre de 1879.

LA VICARÍA.

Puede decirse que los dichos son la antesala del matrimonio, el primer paso en este gran camino cubierto de espinas y sinsabores. Estamos mal con todos; estos requisitos y preliminares; quisiéramos que la ceremonia se resumiese á un sólo acto, pues así se haría más llevadero el mal trago; obsérvese que, cuando vamos á tomar un medicamento que nos repugna, meneamos bien el vaso, cerramos los ojos y de una sola vez nos le engullimos; si cuando estamos en la mitad de la operación, detuvieran nuestra mano y nos le hicieran paladear dos ó tres veces, ¿no nos sabría doble peor? Casémonos, pues, como suele decirse, de golpe y porrazo, y así pasaremos el susto de una vez. Al fin y al cabo, la ceremonia de los dichos se reduce á firmar los novios y los testigos una declaración de que se quiere efectivamente contraer tal matrimonio. Cuando los contrayentes quieren excusar gastos, la ceremonia es en la misma Vicaría, á donde acuden con sus testigos. El vicario se queda solo con la novia, á fin de explorar su voluntad; le pregunta si libre y espontáneamente va á dar su mano á tal sujeto.

—Si, señor, con toda mi voluntad.

—Y ¿no viene V. violentada? ¿No le casa usted por efecto de alguna amenaza?

—No, señor, ni yo necesito que me amenacen para casarme; contesta la joven con la mayor candidez; palabras que son una verdad en boca de todas las mujeres del mundo.

—Y ¿tiene V. hecho voto de cas-

tividad? sigue preguntando el padre vicario.

—No, señor, replica la otra con la mayor viveza, y recordando una copla vulgar, repite por lo bajo: «¡En eso estaba pensando! por supuesto, si señor.»

—En tal caso, firme V.

Y la joven firma como en un barbecho, con pulso seguro y ademan resuelto; aunque sepa escribir mal, aquella vez escribe bien, porque aquella firma es la que echa más á gusto en su vida; no así el pobre novio, que, frito de resuello y descolorido, mira dos ó tres veces la pluma. Si ésta es de ave, se hace pensar en dar un vuelo, y siente la imperfección del cuerpo humano, que carece de alas, requisito que no tendría precio en ocasiones como aquella. Al pobre hombre se le aglomeran entonces ante la vista el sinnúmero de compromisos que le ligan y encadenan con la familia de la contrayente, con ella y con la sociedad; y al fin, exhalando un hondo suspiro dobla la cerviz como un cordero y echa el garabato. Desde aquel momento ha labrado el primer eslabón de la pesada cadena que se echa al cuello.

Después toca firmar á los testigos; éstos van á la mesa con la risa en los labios, dando bromas picantes, que la novia oye con el mayor gusto y al novio le causan el mismo que si le rayaran las tripas. Si no son solteros, sirven de testigo de mejor grado, porque se echan la cuenta de que mal de muchos, consuelo de casados; y si son solteros, asisten á la fiesta como el que vé los toros de balde, y repiten al final; por allá nos esperen muchos años.

Hay excepciones, sin embargo, respecto á los novios los hay que firman alegres y rozgantes, pero no nos olvidemos de que hay gustos

que merecen palos y de que no hay nada escrito sobre gustos. También pudiera ser que los pocos que se hallan en este caso van allí atolondrados, sin saber lo que les pasa ni lo que les va á pasar más adelante, como el que ébrio de entusiasmo en el ardor de la pelea, se lanza al asalto de una brecha y deja en ella un brazo ó una pierna, cuya pérdida lamenta después toda su vida.

Pero el novio juicioso y reflexivo, que mide con la frialdad de un matemático la enorme carga que se echa encima, ese, por más que el amor ó la razón de estado le llevan á la Vicaría, sale de ella descolorido y meditabundo, se despide de los testigos maquinalmente y anhela el momento de quedarse solo para debatir consigo mismo si volverá todavía la espalda al enemigo y dejará en blanco á la novia. En cuanto á ésta, se extraña y sorprende al ver que aquel día, que es para ella de fiesta y algazara, parece de luto para su prometido; quiere saber la causa, le interroga, y el pobre contesta que le duelen las muslas, la cabeza, ó que ha recibido una mala noticia de tal ó cual parte donde tiene parientes. Cualquiera de las tres cosas sería para él una bioca comparada con lo que le está pasando.

Si la novia tiene madre, la rabia del novio se reconcentra toda en aquel punto porque la madre, que después se llamará suegra, con perdón de ustedes, tiene la culpa de que las cosas hayan llegado á tal punto, ella fué la que, cuando todo se limitaba á pasear la calle, á dirigir al paso en el Prado alguna palabra galante, supo tender las redes de tal modo, que la casa llegó hasta el ofrecimiento de cosa y la entrada en ella. Lo que no era más que un pasatiempo y un galanteo sin ulteriores miras, supo ella convertirlo en un compromiso sagrado, porque enterada la vecindad y sus conocimientos de las relaciones de su hija, quedaría en una posición falsa y ridícula si no terminaba en boda aquel asunto.

De unas cosas en otras las distancias se fueron estrechando, y el pobre novio se vió sin salida decorosa; una vez llegado á tal punto, la ruina es inevitable, á la Vicaría á tomarse los dichos, y una vez tomados no hay remedio tiene que pasarse al hecho. Y ¿qué es el hecho? Es el matrimonio, es decir, el infierno ó la gloria el infeliz marido no sabe, en el acto de contraer tan sagrado vínculo, á cual de estas dos partes estará destinado. Aquella mujer, que cuando era novia escondió cautelosamente las cualidades de su carácter y aparentaba la mansedumbre del cordero, se mostraba indiferente á las exigencias de la moda, á las

diversiones, al lujo, desarrolla después su programa, se muestra á los ojos de su marido tal como es ó quiere ser, exige sin consideración ataca el presupuesto de su casa con la misma voracidad que un hombre asalta el del Estado, y lo despilfarrá en bagatelas, desatendiendo las cosas útiles; pide más, exige con imperio, acosa, atormenta al pobre marido, á quien sobyuga y domina como un niño; al pobre marido, con cuya honra ha hecho reír á la sociedad.

El temor ó el cariño obligan al infeliz á buscar recursos; al pronto que echar una contribución sobre sus amigos, crear papel moneda, acudir á un empréstito forzoso, y por último, dobla la cerviz á un usurero, que en pocos años acaba con su capital, con sus joyas, con sus muebles; la serpiente de la mujer se lo ha engullido todo, y pide más y siempre más, y la casa arde en disensiones, y sabido es que son peores que las disensiones políticas las disensiones matrimoniales.

Ni la misma Inquisición podría discutir un tormento con peores condiciones, un tormento moral de muchos, de muchísimos años, que solo termina con la muerte. Recordadte á este desgraciado cualquier cosa que traiga á su memoria el aciago día de su boda, y le vereis temblar; cuando encuentra en la calle á cualquiera de los que sirvieron de testigos se estremeca; los padrinos le asustan; no pasa jamás por el sitio fatal en que le echaron el lazo, y cuando alguno pronuncia delante de él la palabra Vicaría acude de con ambas manos á su cuello creyendo que le estrangulan.

Doblemos la hoja: la mujer que hemos elegido es completamente el reverso de la medalla.

Aquel géneo dulce, aquella bondad de carácter que descubría cuando novia, no era más que un síntoma, una gota del raudal de cariño que escondía en su corazón y que solo brota después de la boda, inundándonos de felicidad; para ella, no hay más teatro, ni más diversiones, ni que su casa; hacendosa y conómica, desconoce y desprecia las suprefluidades del lujo; hasta tiene que obligarla su marido á que compre los modestos vestidos con que se ha de presentar á su lado en la calle.

Su única aspiración, su único sueño es complacerle, agradecerle, si el marido ha salido de casa no necesita preguntarle cuando volverá, porque conoce el ruido de sus pasos, y apenas suenan en la escalera, corre ella misma á recibirle, y hasta usarpas las veces al criado ó ayuda de cámara recibiendo ella misma y colocando en su puesto la capa, el bastón ó el sombrero. Si está enfermo, la asistencia material que le